



www.loqueleo.com

Los dos Giménez

© Del texto: 2010, Griselda Gambaro
© De esta edición:
2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501
Teléfono (571) 7057777
Bogotá-Colombia
www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
• Editorial Santillana, S.A. de C.V.
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, CP 03240,
Distrito Federal, México.
• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.
Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-22-3
Impreso en Colombia
Impreso por Colombo Andina de Impresos S.A.S.

Primera edición en Alfaguara Juvenil Colombia: marzo de 2014
Primera edición en Loqueleo Colombia: marzo de 2016
Primera reimpresión en Loqueleo Colombia: mayo de 2017

Dirección de Arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Los dos Giménez

Griselda Gambaro

loqueleg

Capítulo I

Todo parece tranquilo, incluso aburrido, y de pronto suceden hechos inesperados que caen sobre las personas como vendavales arrasadores. Así sucedió en Pico Dormido, un pueblo cuya paz solo era turbada por los ladridos de los perros a la hora de la siesta, el tránsito de los coches dando vuelta a la plaza los sábados en la tarde y las grescas de los borrachos la noche del mismo día.

7

Cuando pensamos, efectivamente, que nada alterará las costumbres ni la convivencia, cualquier hecho de siniestra naturaleza nos despierta del sopor y nos obliga a permanecer con el alma en un hilo.

El primer crimen en Pico Dormido —donde no se guardaba la memoria de ninguno— se produjo durante la siesta de un lunes de enero, después del mediodía.

La hora de la muerte de esa primera víctima se determinó con precisión: fue a las 14 horas, 32 minutos, 15 segundos y medio.

8 Esto se supo, no por los resultados de la autopsia —nunca tan exacta en minutos y segundos, incluso ni siquiera en el cálculo de las horas—, sino porque una tarjeta de cartón grueso arrimada a un costado del cadáver proporcionaba la información correspondiente.

La tarjeta decía con letras mayúsculas: “SON EXACTAMENTE LAS 14 HORAS DEL LUNES, 14 HORAS, 32 MINUTOS, 15,5 SEGUNDOS. EN ESTE MOMENTO, HE CONCLUIDO MI TAREA”.

La tarea se refería, con toda evidencia, a la inserción de un puñal, clavado profundamente en el pecho (a la altura del corazón) de un individuo de sexo masculino y contextura robusta.

Para mayor claridad, una flecha en el cartón señalaba hacia abajo donde, en la parte inferior, el asesino había dibujado de una manera muy tosca una figura yacente con un puñal en el pecho.

La tarjeta no estaba firmada (obviamente) y como se comprobó después, tampoco presentaba huellas digitales, ni siquiera la de un medio pulgar.



El cadáver yacía de espaldas al suelo, con un brazo extendido, el otro doblado hacia el hombro en una posición que en circunstancias más felices no hubiera carecido de encanto. Era don Diego Iñíguez, un hacendado del pueblo, criador de caballos de polo, poseedor de una gran fortuna que no era heredada ni provenía de los caballos de polo, sino de préstamos que concedía a intereses exorbitantes. Medio pueblo le debía plata.

Iñíguez, de estado civil soltero, tenía unos cincuenta años y bebía cerveza en cantidades, lo que le había producido una barriga importante que desde el suelo sobresalía como una montaña, más que el puñal que tenía clavado en el pecho.

Aparte de la barriga, Iñíguez era reconocible porque, mientras vivió, nunca se separaba de sus guantes. Tanto en invierno como en verano, en primavera y otoño, los usaba para ocultar las ronchas de un sarpullido que le atacaba las manos. Contrariando esta costumbre, Iñíguez no los llevaba en oportunidad del crimen; más tarde, cuando se inició la investigación, se comprobó que los guantes estaban en la caja fuerte.

El cadáver no se descubrió ese día, lunes, en que por casualidad ningún polista se interesó en adquirir un caballo ni ningún deudor se presentó a pedir gracia.

Fue la mujer que limpiaba la oficina quien descubrió el cadáver al día siguiente, martes, cuando apareció con sus bártulos (cepillo, escoba, balde y enceradora) a las nueve de la mañana.

Empujó la puerta y no se asombró de hallarla abierta; el señor Iñíguez por lo general se le adelantaba, abría la oficina muy temprano y luego se iba a tomar un café en el bar de la esquina. No temía a los ladrones; nunca había sufrido un percance (salvo el último, fatal).